



CUADRANDO EL CÍRCULO

Lander Sarasola Ituarte

CUADRANDO EL CÍRCULO



Primera edición: septiembre 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Lander Sarasola Ituarte

ISBN: 979-13-87909-00-0

ISBN digital: 979-13-87909-01-7

Depósito legal: M-19456-2025

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A PATXI TAMÉS. FAMILIAR Y AMIGO.

Dicen que a veces hay que dejarse ir para poder ser. Eso hice.

Este escrito lo inicié una tarde lluviosa en tiempo de pandemia. En aquella asfixiante distopía cargada de miedos e incertidumbres en la que cada cual hacía lo que podía para subsistir, opté por entrelazar palabras hasta ir construyendo una historia. Nunca antes había intentado hacer algo así, de ahí que las páginas que iban surgiendo padecieran períodos de latencia, hasta que decidí darles colofón y carpetazo.

Los personajes que conforman la historia son ficticios, sin semblanzas asociadas intencionalmente a personas concretas. En cambio, varios emplazamientos en los que transcurre la trama son una mezcla de ficción, de distorsión y de añoranza de lugares que he visitado o donde he habitado que se cuelan —sin la venia y quizá desfigurados— en cuanto el espacio de la fantasía se lo ha permitido.

El resultado, en cualquier caso, quisiera dedicarlo a alguien querido que personifica para mí aquel tiempo de tragedia; a Patxi Tamés, familiar y amigo que, tras jubilarse, decidió volcar su bonhomía ayudando en sus tareas escolares a niños desfavorecidos. Parece ser que allí le atrapó el puto bicho y se lo llevó en un santiamén. Su imagen y la de los miles de sanitarios que lo dieron todo para que a la mayoría no nos ocurriera lo mismo han sido el telón de fondo de esta historia, aunque nada tuvieran que ver con ella.

Vaya para ellos mi recuerdo y agradecimiento.

1. Vicente

El día amaneció desapacible; lluvioso y muy ventoso. Vicente se despertó sobresaltado cuando alguna persiana o contraventana de la vecindad golpeó con fuerza la fachada de la casa. Aturdido por el estruendo y mientras tomaba conciencia de lo que ocurría, echó instintivamente pie a tierra como si el momento exigiera salir corriendo para alejarse del peligro. Aquellos eran ruidos extraños para él, porque allí raramente se desataban los elementos con aquella furia portentosa. Y menos en aquella época, cuando el verano asomaba ya en el calendario y los sonidos comunes que anunciaba la canícula eran el crotoreo quedo de las cigüeñas o el volar ruidoso de las golondrinas que poblaban los tejados del barrio.

Sabiendo que el día había adquirido otras trazas y que los planes que había bosquejado quedaban trastocados, Vicente volvió a tumbarse. Pensó que no estaría mal dormir un rato más. Se abrazó ovillado a las sábanas de su desbaratada cama y trató de retomar el sueño, pero la mente se iba abriendo sin querer, recordándole —como si fuera una agenda parlante— las muchas tareas que tenía pendientes.

Se incorporó y colocó a su espalda la almohada de Teresa que yacía solitaria desde su partida. Pasó así un buen rato mirando las gotas racheadas que rompían contra el cristal del dormitorio, mientras escuchaba cómo aquel martilleo se entrelazaba con los silbidos ululados que el fuerte viento producía en las muchas oquedades y rendijas de aquel viejo piso familiar. Aquella extraña armonía de sonidos inusuales lograba crear una quietud envolvente que lo

mantuvo inmóvil y absorto como si fuera el núcleo de una sinfonía en la que los músicos tocaran —un tanto desafinados— a su alrededor. Al rato, decidió que el día debía comenzar y, sabiendo que aquel sería finalmente un sábado casero, se levantó.

Fue directo a poner la cafetera antes de pasar por el servicio. Recordó lo agradable que resultaba que Teresa tuviera el desayuno preparado para cuando él se levantaba. Porque Teresa madrugaba también los días festivos. Era increíble. Le gustaba disfrutar de la mañana, alargarla, administrar esas horas que no tenían asignadas tareas para deambular por la casa y ver qué cometido precisaba de su intervención.

Teresa tenía una concepción curiosa del ocio. «El fin de semana hay que disfrutarlo siendo consciente que el tiempo transcurre. Utilizarlo para dormir es, simplemente, renunciar a la vida...», decía con pomposidad, segura de que aquella idea generaba alguna duda en quien la escuchara, aunque sabía que para Vicente solo era una argucia vitalista para recordarle que tenía alguna tarea doméstica pendiente.

Pero un buen día Teresa decidió irse. Sin escándalo y ni siquiera como consecuencia de un desencuentro. «Me voy Vicente. Creo que ya no nos necesitamos», le dijo de repente. Ocurrió a la vuelta de las vacaciones de Navidad. Teresa las había pasado en Vigo con sus padres y Vicente había declinado la invitación de acompañarla con el pretexto de tener trabajo pendiente. Lo cierto era que en esos días Teresa y él no se habían siquiera llamado por teléfono. Habían caído seguramente en el hastío y aquella breve separación era solo el anuncio o la antesala de un final seguro.

Y así ocurrió; la noche que Teresa volvió de su tierra, mientras cenaban, se miraron a los ojos y, cogidos de las manos en la mesa de la cocina, ella se arrancó: «Se nos ha ido la magia Vicente. También lo percibo en tí». Vicente no dijo nada; no sabía qué decir porque era incapaz de expresar lo que sentía o, a lo mejor, porque tampoco sabía exactamente lo que sentía. Teresa hizo las maletas aquella misma noche y se fue a casa de unas compañeras

de estudios que vivían cerca. Con ojos vidriosos lo besó asiendo con una mano el pomo de la puerta y con la otra la maleta. «Adiós, Vicente. Pasaré a por el resto cualquier día... y te dejaré las llaves en el buzón... llámame a casa de Carmen y Rosa si necesitas algo de mí... ya tienes el teléfono». Recordó lo triste que fue aquella despedida. No entendía la frialdad con que la vivieron los dos y creía que aquello solo fue una pose; algo circunstancial, fruto de un bajón momentáneo y que, en el fondo, entre ellos había más cariño ¿amor quizá? que el que aquel día se mostraron mutuamente. Pero no ocurrió así.

El aroma que desprendía la cafetera le avivó aquel recuerdo y, de algún modo, le hizo sentir una cierta añoranza. Con la taza de café bien cargado en la mano, se acercó a la ventana. Seguía lloviendo. A mares. A Vicente le gustaba ver llover, quizá porque en aquella tierra salmantina llovía poco y, cuando lo hacía, las calles del barrio se embarraban y los charcos que se formaban hacían las delicias de los pocos críos que andaban por la calle. Le recordó su niñez cuando iban al pueblo y los charcos se convertían en un espacio lúdico sinigual, en el que dar patadas al agua —en un todos contra todos— se convertía en un juego mágico porque los adultos les abroncaban al principio, pero luego acababan sumándose a la fiesta. Aquel día los chavales estarían seguramente esperando a que escampara para bajar a la calle a chapotear, pero aquellos nubarrones no parecían presagiar nada bueno.

Aquel ambiente gris, húmedo y oscuro, lo fue sumiendo en una melancolía contra la que se negaba a luchar porque lo animaba a vagar por el complejo nudo que conforman los sentimientos y los recuerdos. Se sentó a la mesa; a la única mesa de la casa. Una mesa grande, alargada, de madera maciza, que ya era vieja cuando la trajeron sus padres del pueblo. Para Vicente aquella mesa era como un puente a su pasado, a su niñez. Mil veces encerada, desprendía un olor a madera añeja. Sus extremos habían servido para ordenar las tareas a realizar en cada momento, porque delimitaban —como ahora mismo— la zona de comer y la de despacho. O antaño, la de

hacer deberes en un lado y planchar en el otro. O ejercía de mesa para jugar con su padre a algo parecido al *ping-pong*. Vicente sabía que nunca se desprendería de aquella mesa.

Apartó unos papeles para hacer sitio a la taza y a unas galletas reblandecidas que guardaba en una lata. Mientras apuraba el café se fijó en los estratos de ropa para lavar que asomaban del cesto de la ropa sucia. Pensó que aquello también habría que acometerlo en algún momento y se acordó con cierta añoranza de su vida en el piso que compartió hacía algunos años con otros estudiantes. De cuando la higiene y lo pulcro tenían otra dimensión. De cuando no pasaba nada porque hubiera ceniceros desbordantes y la casa oliera a tugurio; a mezcla rancia de tabaco, fritanga y sudor. Todo aquello formaba parte de otro concepto estético y vital compartido con sus colegas. Y entre ellos reinaba la armonía. Porque Vicente, en cuanto tuvo recursos provenientes de las clases particulares que daba, decidió abandonar el hogar familiar para irse a vivir con gente que conoció en la universidad.

Cuando sus padres murieron dos años atrás, Vicente volvió a la casa familiar. Sabía que sus días de estudiante «tunante» habían tocado a su fin y que era el momento de incluir el concepto de responsabilidad en su acerbo vital. Pero apenas introdujo cambios en la casa. Al ser pequeña, los espacios que había estaban ocupados con sentido común y cada cosa tenía su lugar y había un lugar para cada cosa. Cualquier variación hacía que el conjunto se resintiera, como cuando llegó la televisión y hubo que recomponer la sala reasignando los espacios. Aquella lógica exigía orden y su madre era una verdadera especialista en aplicarla, incluidos los armarios roperos, los de la vajilla o los anaqueles de libros y recuerdos familiares.

El único cambio que introdujo Vicente, incapaz de imitar a su madre, fue transformar su propia habitación en un «cajón de sastre»; en el lugar en el que incluso el propio Vicente se perdía. Teresa, cuando llegó, juró no pisar nunca aquel «cajón desastre» — como ella lo llamaba — porque, con su llegada, el orden se había instalado en el resto de la casa. Ocurrió, además, de forma na-

tural, sin broncas ni planificaciones. Ella, como buena documentalista, era sistemática y ordenada. Decía que el orden posibilitaba hacer todo mejor; que ahorraba tiempo y ayudaba a estructurar la vida. Vicente sabía que tenía razón, pero contrargumentaba diciendo que no existe un concepto unívoco de orden y repetía el tópico de que para él existía un desorden organizado; que él sabía dónde estaban las cosas y dónde buscar cuando quería encontrar algo. Pero en el fondo era consciente que la lógica de Teresa había logrado que su vida adquiriera unos tintes armónicos que ahora mismo echaba en falta. Cuando Teresa se fue, la vuelta atrás fue paulatina pero inevitable. A los pocos días vio cómo la ropa para lavar y la ya limpia se le amontonaban, al igual que la vajilla en el fregadero, y comprobaba —sin remisión— cómo su despensa menguaba lentamente. Volvía así a las andadas de la soltería.

Pero Vicente sentía que iniciaba un nuevo capítulo en su vida. Le quedaba una nota por conocer, pero sabía que había acabado la carrera y que podía aspirar a dejar de dar clases particulares e ingresar como docente en algún instituto o en su propia universidad. Había oído que se iban a convocar plazas de profesores en la facultad de Letras y empezaba a sentirse tentado de presentarse a alguna de ellas.

El día seguía gris y la lluvia continuaba arreciando. Las rachas de viento y lluvia seguían azotando de forma ruidosa tejados y fachadas. Apartó la cortina y miró por la ventana. El viento soplaba con fuerza denodada y una mezcla de ramas de árboles y de basuras cimbreaba sobre la calzada. Recordó como llovía también aquel día —un par de años atrás— cuando, yendo de fiesta, rescataron a Lucía, semidesnuda y ensangrentada, cuando gritaba desesperada que su marido la quería matar. «¿Qué sería de ella?».

